

LECCIÓN INAUGURAL

GENERALIDADES DE LA HISTORIA: DOS SIGLOS EN UN DÍA

EL 1º DE ENERO DE 1804, Jean-Jacques Dessalines, general en jefe del ejército del primer país libre de nuestra América, proclamó la independencia de la que había sido la colonia francesa de Saint Domingue. Por decisión de sus libertadores, en adelante el país llevaría su nombre indígena de Haití. En 1791 había estallado allí una gran insurrección de esclavos negros que terminaría asumiendo carácter de guerra por la independencia. Dos años después, la esclavitud fue abolida. (Hubo que esperar siete décadas para que una medida similar fuera tomada en Estados Unidos). En 1802, valiéndose de una traición, los franceses arrestaron y deportaron a la principal figura de la insurrección, Toussaint L'Ouverture. Al año siguiente, el ejército enviado por Napoleón con el propósito de sofocar aquella guerra de independencia capituló. La extraordinaria hazaña de los que el trinitense C. L. R. James (1989) llamaría en un libro clásico *The Black Jacobins* –a quienes la Revolución Francesa en ascenso sirvió de acicate, y Bonaparte intentó en vano frenar– coronaba a la escala de un país un cimarronaje de muchos siglos en el Caribe.

El destronamiento por Napoleón, en 1808, del rey de España estimuló las ansias de gobierno propio que abrigaban grupos criollos en las colonias americanas de ese país. A partir de 1810, tales ansias encarnaron, de México y Venezuela al Río de la Plata y Chile, en guerras independentistas que tuvieron conductores como Miguel Hidalgo,

Simón Bolívar, José de San Martín y Bernardo O'Higgins, respectivamente, e involucraron a la Hispanoamérica continental. Las Antillas hispanoamericanas, cuyas oligarquías nativas temían ver repetirse en sus tierras el ejemplo haitiano, se sustrajeron entonces a la onda revolucionaria: así dilataron procesos independentistas que al tomar cuerpo más tarde acabarían distinguiéndose en aspectos capitales de los desencadenados en 1810. La victoriosa batalla de Ayacucho selló, en 1824, la independencia con respecto a España de la Hispanoamérica continental. Un año antes, Estados Unidos había emitido la Doctrina Monroe, primera piedra concreta de una política exterior no abandonada que aspira a acotar a nuestra América para su exclusivo dominio.

Aunque no careció de antecedentes revolucionarios, como la Conjunción Minera por la cual fueron ejecutados en 1792 Tiradentes y otros patriotas, la independencia llegó a Brasil por vías evolutivas. Trasladados al país sudamericano el príncipe regente y la corte de Portugal para no caer prisioneros de los franceses tras la invasión napoleónica a esa metrópoli en 1808, el heredero del príncipe, vuelto emperador y haciéndose eco de capas influyentes del país (a cuya cabeza estuvo José Bonifacio de Andrade e Silva), lo declaró independiente en 1822. A diferencia de la América española, la América portuguesa, no obstante guerras civiles que hubieran podido desgarrarla, logró conservar su unidad; y, aun compartiendo con aquella muchos rasgos comunes, también en otros órdenes prosiguió durante largo tiempo un camino paralelo.

Las décadas inmediatas verían a prominentes ciudadanos de nuestra América tratando, en medio de luchas a menudo turbulentas, de diseñar países que (con salvedades como Haití y en cierta forma Paraguay) marginarían a los indígenas, a los negros y a los mestizos, y se pensarían en función de las oligarquías criollas blancas, o que se tenían por tales, en especial de quienes poseían aspiraciones burguesas y se consideraban occidentales de ultramar: consideraciones que se daban de bruces con esfuerzos europeos por recolonizar abiertamente a varios de esos países, además de hacerlo de modo indirecto. El caso más señalado de lo primero fue el de México, el cual tras larga lucha logró vencer en 1867 a un imperio que la Francia del pequeño Napoleón pretendió establecer allí. Dos décadas atrás, en una guerra de rapiña, Estados Unidos había devorado la mitad de México; y a partir de 1855 William Walker intentó vanamente repetir la fechoría en Centroamérica.

Sólo en 1868 se alzaron en armas Puerto Rico y Cuba. El intento de Puerto Rico se extinguió poco después; pero la guerra de Cuba duró diez años, y tras la que fue considerada simplemente una tregua, interrumpida por conatos bélicos, se reanudó en 1895. Esta vez, organizada por el radical José Martí, no la impulsaban integrantes de la oligarquía nativa, sino de las clases y capas medias y populares, con abundante

presencia negra y mulata; no se proponía sólo la independencia frente a la ya caduca España, sino también frente al emergente imperialismo estadounidense. Representantes de este, al ocurrir en 1898 la voladura del acorazado Maine en la bahía de La Habana, acusaron de dicha voladura al gobierno de España, le declararon la guerra con tal excusa y lo derrotaron en pocos meses, hurtando así a los cubanos su ya inminente victoria, y de paso apoderándose de Puerto Rico, y luego de las Filipinas y otras islas del Pacífico. El 1° de enero de 1899 el general John Brooke tomó posesión del gobierno de Cuba en nombre de Estados Unidos; y el 20 de mayo de 1902, la Cuba que había peleado treinta años por su independencia recibía, mutilada por la Enmienda Platt, una República que de hecho era un protectorado o una neocolonia.

Habría que esperar a otro 1° de enero, sesenta años después de aquel en que Cuba fue oficialmente uncida a Estados Unidos, para que la Isla cambiara de modo radical su condición. En el interregno, Estados Unidos ejerció con violencia en el Caribe, al que ha considerado su *mare nostrum*, la política de las cañoneras y del garrote, invadiendo numerosos países de la cuenca. Nuestra América, por su parte, vería surgir la poderosa Revolución Mexicana de 1910, con grandes figuras como el líder campesino Emiliano Zapata y más tarde Lázaro Cárdenas, quien en 1938 nacionalizó el petróleo; el movimiento de reforma universitaria iniciado en 1918 en Córdoba, Argentina, que repercutió en muchos países hispanoamericanos; resistencias frente a los yanquis como las de los héroes y mártires Charlemagne Peralte en Haití y Augusto César Sandino en Nicaragua; la sublevación y masacre salvadoreñas de 1932, donde fue asesinado Farabundo Martí; gobiernos populistas como los de José Batlle y Ordóñez en Uruguay, Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón en Argentina, y Getulio Vargas en Brasil, país que había conocido la legendaria marcha de Luiz Carlos Prestes y años después su abortada insurrección comunista; un fugaz gobierno socialista y luego otro más dilatado del Frente Popular en Chile; la Revolución Boliviana de 1952; los regímenes nacionalistas de Guatemala entre 1944 y 1954. Ese último año, un gobierno llegado allí al poder en elecciones convencionales fue depuesto por una invasión mercenaria enviada por el gobierno estadounidense, lo que desde entonces le ha costado al país más de cien mil desaparecidos. Un nuevo período en la historia de nuestra América se abrió cuando el 1° de enero de 1959 llegó al poder la Revolución Cubana, que, hostigada desde el primer momento por Estados Unidos, asumiría carácter socialista.

En los cuarenta y cinco años transcurridos, muchos han sido los intentos por llevar adelante la segunda independencia de nuestra América iniciada en Cuba en 1959. Numerosos movimientos guerrilleros rurales y urbanos, de amplia orientación socialista, fueron violentamente combatidos por el Imperio, ocasionando la muerte a una

pléyade de combatientes cuya figura más emblemática es la de Ernesto Che Guevara, ultimado en Bolivia en 1967. Sin embargo, en 1970 el socialista Salvador Allende, en elecciones también convencionales como las de la Guatemala agredida en 1954, llegó al poder en Chile; y en 1979 el Frente Sandinista de Liberación Nacional organizado por Carlos Fonseca, quien perecería combatiendo, lo hizo en Nicaragua, tras derrocar por las armas al tirano local. Pero los respectivos procesos revolucionarios, no obstante ser multipartidistas y mixtos en muchas cosas, fueron yugulados por implacables maniobras estadounidenses. Allende fue llevado a la muerte en 1973, y su gobierno sustituido por una feroz dictadura militar; la guerra sucia y el ahogo económico contra Nicaragua impuestos por Estados Unidos llevaron a los sandinistas a perder en 1990 unas elecciones que no podían ganar. (Mientras tanto, Estados Unidos había vuelto a realizar invasiones abiertas en el Caribe: en 1961, en Cuba, donde fueron derrotados; en 1965, en la República Dominicana; en 1983, en Granada; en 1989, en Panamá). Así pareció cerrarse en nuestra América, en medio de un reflujo histórico mundial, un ciclo renovador inaugurado en 1959 (y que llegó a abarcar la actuación de militares radicalizados como Juan José Torres en Bolivia, Juan Velasco Alvarado en Perú y Omar Torrijos en Panamá), aunque la asediada Cuba revolucionaria ha logrado sobrevivir, y mantiene relaciones con la casi totalidad de los países latinoamericanos, en los cuales no existen ya las dictaduras militares pro-imperialistas que los ensangrentaron, sino sobre todo las llamadas democracias tuteladas; y también con países del Caribe que empezaron a independizarse en la década del sesenta del siglo XX.

El 1° de enero de 1994 entró en vigor en México el Tratado de Libre Comercio (TLC) firmado entre este país, Estados Unidos y Canadá. Para observadores superficiales, a partir de esa fecha México dejaría atrás su condición subdesarrollada, común a todos los países de nuestra América, e ingresaría en el mejor de los mundos posibles. Pero ese mismo 1° de enero, la ciudad de San Cristóbal de Las Casas y otras también en Chiapas fueron tomadas por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), el cual dio a conocer así su existencia. Se trata, como lo ratificarían sus numerosas y vívidas declaraciones, de un movimiento, en su mayoría, campesino (de ahí el esgrimir a Zapata como bandera) e indígena, con el que asomó su rostro el “México profundo”, y se hicieron patentes “el colonialismo interno”, la “pluralidad de culturas”, según conceptos con que trabajan algunos de los mejores pensadores de México y que son válidos también para muchos otros de nuestros países. Movimientos de resistencia indígena los ha habido en América desde el segundo arribo de europeos, en 1492: medio milenio antes habían llegado, sin consecuencias, los vikingos. El más conocido de esos movimientos fue la rebelión encabezada en Perú (con repercusiones

colindantes) por Túpac Amaru entre 1780 y 1781, cuando fue bárbaramente ejecutado. Aún es temprano para saber qué logrará el EZLN. Pero el proyecto neoliberal que él objetó entró en seria crisis a finales del propio año 1994. En todo caso, es grande la originalidad de México. Su Revolución de 1910 fue de enorme autenticidad, no remedo de modelos foráneos. ¿Nos reserva México un nuevo capítulo en la historia de nuestra América? ¿O se abrirá ese capítulo en otro sitio? Venezuela, por ejemplo, vive una interesante experiencia. Mientras el neoliberalismo, que ha provocado la caída de varios presidentes, es ya intolerable.

Ciento noventa años median entre el 1° de enero de 1804 y el de 1994. Y es más el tiempo si se toman en cuenta los antecedentes y consecuentes. Durante ese lapso, en nuestra América se ha peleado contra varias metrópolis y contra formas diversas de colonialismo y neocolonialismo. Tal es el momento histórico al que se remite este curso, el cual considerará aspectos del pensamiento generado en esas instancias.

SOBRE ALGUNAS APORÍAS DEL ANTICOLONIALISMO

Antes de mencionar los haces de ideas que estudiaremos, quisiera hacer una observación de carácter general. Si se me pregunta la fecha y el continente en que estamos, y respondo que en 2004¹ y en América, me he valido de un mundo conceptual no nacido aquí: he hablado en *español*, idioma cuyo nombre no puede ser más decidor (de haberlo hecho en otros idiomas que también conozco, como francés e inglés, la situación no habría cambiado un ápice); he aceptado una división del tiempo y una denominación también nacidas en Europa. Podría aducir que el español, al igual que el francés y el inglés, proviene de un idioma anterior, de nombre ignorado (al cual a partir del siglo XIX se dio en llamar indoeuropeo), que se habló en regiones imprecisas, pero sin duda no sólo en tierras que después serían conocidas como europeas; y podría añadir otros juicios por el estilo. Pero así no iría muy lejos. Hay que cortar por lo sano discusiones de esta naturaleza, que pueden llegar a ser paralizantes sobre todo en comunidades nacidas de situaciones coloniales. Martí zanjó gordianamente el asunto cuando habló de “nuestra América”, no ignorando en absoluto que “América” era nombre que se nos había impuesto desde fuera; otro tanto hizo Antonio Alatorre cuando, teniendo en cuenta a quienes hablamos el español como lengua materna, se refirió a él como “*nuestra* lengua”: después de todo, del millar de años que lleva de existencia este idioma, la mitad más rica de ese tiempo la hemos ido elaborando en común en muchas

¹ El curso al que hace referencia este libro, *Pensamiento de nuestra América: autorreflexiones y propuestas* fue impartido, por el Profesor Roberto Fernández Retamar en la plataforma del Campus Virtual de CLACSO durante los meses de octubre a diciembre del año 2004.

partes del mundo, incluida largamente América, y hoy sólo uno de cada diez de aquellos hablantes está en España. Cosas similares pueden y deben afirmarse de otros hechos. Enfatizar, como estamos moralmente obligados a hacer, el valor de lo propio no implica postular un absurdo robinsonismo, ni siquiera cuando se pretenda viernesismo.

Lo que acabo de decir en forma alguna significa negarle, por ejemplo, a las comunidades indígenas de América el absoluto derecho que poseen, y que debemos defender totalmente si de veras somos demócratas, a valerse de sus lenguas, practicar sus religiones, desarrollar sus culturas, disponer de su autonomía, pues el pluralismo cultural es una realidad innegable entre nosotros. Respetémosles a esas comunidades su plena libertad. Y ejerzamos la nuestra, que incluye la apropiación de cuanto estimemos válido en la historia, y el rechazo en ella de lo que estimemos negativo. No es arrojando acríticamente por la borda lo ya incorporado como alcanzaremos nuestras metas liberadoras.

Por último, creo que en esto del nombre que nos corresponde adolecemos del mal del definicionismo. Es verdad que tanto “Estados Unidos de América” como “Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas” son nombres y también definiciones. Pero esto no es regla, sino excepción. El propio Martí no fue remiso a hablar a veces, por ejemplo, de “América Latina”, o de “América” a secas, aun cuando estuviera refiriéndose a “nuestra América”. Ni los hombres que se llaman León son leones, ni las mujeres que se llaman Rosa son rosas. Parece que “Hispania” significaba “tierra de conejos”. ¿Y qué? Como escribiera Alfonso Reyes y me gusta citar, nadie se pone a la sombra de una semilla.

HACES DE IDEAS

He agrupado en ocho lecciones el pensamiento que vamos a estudiar en el curso. En este primer capítulo paso a explicar sumariamente el contenido de las restantes lecciones. Comenzaremos con “Independencia o muerte”, esta fue la consigna de la proclama que, a continuación del acta de independencia de Haití, dio a conocer Dessalines el 1º de enero de 1804. Creo que puede servir para referirse al meollo del *Pensamiento político de la emancipación* (Romero, 1977), que los argentinos José Luis y Luis Alberto Romero, al antologarlo (con valioso prólogo del primero), acotaron entre 1790 y 1825. Se trata del capítulo inicial del pensamiento de nuestra América en el alba de su primera descolonización.

En la segunda lección, la primera de las “dos grandes vertientes” en la constitución de nuestras naciones después de la independencia es “diseñando la patria del criollo”. Ello alude, sobre todo, a los casos de Argentina y Chile, donde después de la independencia fueron notorios los intentos por diseñar patrias a la medida del criollo: reservando ahora esta última palabra, en cuyos avatares nos detendremos durante

el curso, para el descendiente americano de europeos que se creía uno de ellos, y en consecuencia radicalmente distinto del aborigen, el negro y el mestizo americanos. La segunda vertiente, “o inventamos o erramos”, es la desafiante fórmula que estampara en su *Sociedades americanas* (Arequipa, 1828/Lima, 1842) el originalísimo venezolano Simón Rodríguez, y sirve para designar al pensamiento que acompaña en el tiempo al núcleo del anterior, y lo contradice.

“Ante el naciente imperialismo. Contra la nueva metrópoli” (lección III) se refiere obviamente a la circunstancia de que cuando aún no había concluido la independencia de nuestra América con respecto a metrópolis europeas, otra nueva, Estados Unidos, empezó a emerger en este mismo Hemisferio, y fue haciendo cada vez más claro su proyecto expansionista esbozado en la Doctrina Monroe y armado ya de todas sus armas en la primera conferencia panamericana, realizada en Washington entre 1889 y 1890.

La cuarta clase, “Tras el águila y la serpiente”, no remite tanto al libro del mexicano Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente* (Madrid, 1928), como al símbolo que es de México, y al gran impacto que tuvo la revolución desencadenada en aquel país a partir de 1910.

Ya en nuestra clase número cinco, “Utopía y radicalización en nuestro pensamiento”, nos importó marcar, más que dos momentos, dos líneas argumentales de las utopías latinoamericanas. La “utopía de América” nos plantea el primer contrapunto mayor en el curso entre lo cronológico y lo temático pues la utopía está vinculada a América desde 1492, y (por lo general implícitamente) atraviesa buena parte del pensamiento americano. Pero entre nosotros la idea de la utopía adquiere fuerza particular a partir de la tercera década del siglo XX, cuando Pedro Henríquez Ureña escribe *La utopía de América*, que significativamente publicará conjuntamente con “Patria de la justicia” (1925). Casi coetáneamente, “surge un nuevo pensamiento social” en nuestra América, en gran medida por influjo de la Revolución de Octubre de 1917, y requerido por exigencias internas. Se trata de un desarrollo original del marxismo, que conocería no pocos avatares.

“Inicios de la segunda independencia” (lección VI) es denominación que adquiere su pleno sentido cuando se sabe que al comentar/impugnar la primera conferencia panamericana, en 1889, Martí exclamó que había llegado para nuestra América “la hora de declarar su segunda independencia”; y cuando se sabe también que la Revolución Cubana triunfante en 1959 había declarado desde el comienzo de la lucha, a raíz del 26 de julio de 1953, que el autor intelectual de esa lucha era Martí.

Bajo el título “Insurgencia de la América marginada” (lección VII), se abarcan tres conglomerados: indígenas, afroamericanos y mujeres.

Finalmente, nuestra “América en la historia” (lección VIII) remite al título de un libro homónimo que en 1957 publicó Leopoldo Zea

en México. Aquí, la denominación apunta a esa y otras obras que han pensado la historia, con originalidad, desde nuestra América.

DIALÉCTICA DE LO SUCESIVO Y LO SIMULTÁNEO, Y OTRAS EXPLICACIONES

En el pórtico mismo de nuestro curso quiero explicar algunas cosas, que desbordan largamente este modesto acápite. En primer lugar, que mi concepción del pensamiento está próxima a la del filósofo hispano-mexicano José Gaos. Tal concepción no excluye *a priori* ni lo que suele asumir la encarnación de la literatura ni textos políticos o religiosos, para mencionar los que podrían parecer extremos. Baste con decir que para mí el pensador por excelencia de nuestra América es José Martí, y su pensamiento se manifiesta tanto en sus ensayos como en sus versos, tanto en sus crónicas como en sus discursos, tanto en sus cartas como en sus textos para niños y jóvenes. Su caso, por otra parte, dista mucho de ser excéntrico en nuestra América. Ni es atribuible a Martí ser un hispanoamericano del siglo XIX. Me limitaré a recordar tres ejemplos de autores múltiples (escritores de ficción, ensayistas, investigadores) del siglo XX que se valen de idiomas distintos del que para Martí fue habitual: Aimé Césaire, del francés; Darcy Ribeiro, del portugués; y George Lamming, del inglés.

Por otra parte, no se tendrá en cuenta todo el pensamiento de nuestra América, sino el integrado por algunas “autorreflexiones y propuestas”. Es decir, lo que nuestra América ha pensado de sí misma; y también lo que a partir de ella se ha considerado de varios aspectos del mundo: en ambos casos, desde luego, cuando se trate de un pensamiento que pueda estimarse realmente valioso, aunque no siempre se esté de acuerdo con él. Para hacer esto, mejor que la presentación cronológica, he optado por reunir en haces algunas ideas principales: ello, entre otras cosas, permite que ciertos autores sean considerados más de una vez. Pero siempre que me fue dable me atuve al orden cronológico, aunque en algunos casos resulta claro que ese orden tuvo que ser abandonado. Y también debe resultar claro que no se trata de asuntos, sino de ideas sobre asuntos. Pues lo que se aborda en este curso es el pensamiento, antes que las realidades sobre las que se piensa. Por ejemplo, es obvio que en nuestra América tanto el indígena como la mujer aparecen desde el inicio, millares de años antes de 1492, y el negro poco después de esa fecha. Pero las meditaciones sobre (y desde) ellos adquieren valor particular en determinados momentos. Es entonces cuando serán abordadas, señalándose los antecedentes. En todo caso, aunque se ha tratado de esquivarlas, ciertas repeticiones son inevitables. Aún más exigiría la dialéctica de lo sucesivo y lo simultáneo, cuya relevancia es tal que resolví utilizar la singular pareja para nombrar esta parte última de la lección inaugural.